

LO QUE SÍ FUNCIONA

Las 12 soluciones
más eficientes para
erradicar la pobreza y
alcanzar los Objetivos de
Desarrollo Sostenible
de la ONU



BJORN LOMBORG

Lo que sí funciona

Las 12 soluciones más eficientes para erradicar
la pobreza y alcanzar los Objetivos de
Desarrollo Sostenible de la ONU

BJORN LOMBORG

Traducción de Alexandre Casanovas



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Best Things First*

© Bjorn Lomborg, 2023

© de la traducción: Alexandre Casanovas, 2023

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 17.076-2023

ISBN: 978-84-234-3649-1

Preimpresión: Papyro

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

Prefacio	7
----------------	---

PRIMERA PARTE

El argumento general

1. Hacer primero lo que sí funciona	19
2. Promesas y más promesas.....	23
3. Aplicar primero las soluciones más inteligentes	39

SEGUNDA PARTE

Las doce políticas más eficientes

4. Tuberculosis	55
5. Educación	73
6. Salud materna y neonatal	89
7. I+D agrícola: Más comida, y más barata	105
8. Malaria.....	127
9. Contratación electrónica: Reducir la corrupción	147
10. Nutrición	163
11. Enfermedades crónicas.....	179
12. Vacunación infantil	199
13. Más comercio	215

14. Migración cualificada.	231
15. Seguridad de la propiedad de la tierra	255
Apéndice: Análisis coste-beneficio, descuentos y el valor de la vida	279
Fuentes	293

Hacer primero lo que sí funciona

El objetivo de este libro es simple. Todos queremos vivir en un mundo mejor. Por desgracia, en lugar de conformarnos con resolver unos cuantos problemas importantes, a menudo nuestros esfuerzos se ven entorpecidos por el deseo de querer arreglarlo todo al mismo tiempo, cuando en realidad muchas de nuestras ambiciones son irrealizables, ineficientes o tienen un coste prohibitivo; o incluso todo a la vez.

Este libro explica cómo hacer primero lo más importante. La exhaustiva investigación que hay detrás de cada uno de sus capítulos identifica las doce políticas más eficientes para mejorar la vida de las personas que viven en la mitad más pobre del mundo. Las propuestas son concretas, realizables, asequibles y muy eficientes. Muchas de ellas pueden ofrecer resultados concretos menos de un año después de recibir los recursos necesarios.

Con unos 35.000 millones de dólares anuales podríamos salvar 4,2 millones de vidas cada año y conseguir que la mitad más pobre del mundo sea un billón de dólares más rica.¹

Podemos erradicar casi por completo la tuberculosis, que todavía mata innecesariamente a más de un millón de personas

1. Todas las cantidades en dólares que aparecen en el libro se refieren al valor actual (2023) de la divisa estadounidense.

cada año. Podemos reducir en un millón y medio de personas el recuento de muertes por las enfermedades crónicas, incluso cuando su prevalencia está aumentando en los países pobres por las tendencias demográficas. Podemos incrementar el rendimiento de las cosechas en la agricultura, conseguir que los granjeros produzcan más y que los consumidores paguen menos, y evitar así que más de cien millones de personas pasen hambre. Y también podemos conseguir que cuando van al colegio, los niños de la mitad más pobre del mundo aprendan de verdad, lo que significaría aumentar en más de 600.000 millones de dólares al año los salarios que percibirán en el futuro. En pocas palabras, gastando relativamente poco podemos conseguir mucho.

Pero tenemos que poner en marcha estas medidas. Y cuando digo «tenemos», me refiero a todas las personas de buena voluntad. Estas políticas son una opción lógica y sensata para los gobiernos de las regiones y los Estados más pobres del mundo. Del mismo modo, los gobiernos de los países ricos deberían destinar a estas medidas concretas su presupuesto para la ayuda al desarrollo. Por último, como individuos, nosotros deberíamos presionar para invertir más recursos en estas eficientes soluciones a los grandes problemas del mundo.

Espero que este libro te sirva de inspiración. Si te dedicas a la política, aquí tienes doce grandes soluciones por las que vale la pena luchar de forma prioritaria. Si eres un multimillonario con ganas de ayudar a los demás, por favor, selecciona para tus futuras inversiones una de estas doce áreas. Para todos los demás, espero que este libro nos sirva de inspiración para presionar a esos políticos y multimillonarios, así como a los expertos, líderes de opinión e *influencers*, para que dediquen más recursos, tiempo y atención a cualquiera de estas doce formas fenomenales de hacer el bien.

Estas medidas podrían ser la forma más eficiente de gastar ese dólar, rupia, libra, chelín o kwacha extra. Sólo por eso ya tendríamos que ponerlas en práctica. Pero, además, creo que todos estaremos de acuerdo con la idea de mejorar el mundo utilizando los recursos de una manera más eficiente. En estos tiempos de divi-

sión, este objetivo común es, por sí solo, un elemento poco habitual y muy potente. Representa un motivo adicional para ponernos de acuerdo y hacer realidad estas doce grandes soluciones.

¿Y ahora qué?

Sólo he compartido contigo una presentación acelerada del libro. En el segundo capítulo, «Promesas y más promesas», presentamos los antecedentes y explicamos cómo hemos llegado hasta aquí. Describimos que aunque a menudo sin éxito, en el pasado ya hemos intentado mejorar el mundo. Hacemos un repaso de los criticados Objetivos de Desarrollo del Milenio, a pesar de que en realidad tuvieron bastante éxito, y los comparamos con los actuales Objetivos de Desarrollo Sostenible, que prometen de todo a todo el mundo, y no están aportando nada.

En el tercer capítulo, «Aplicar primero las soluciones más inteligentes», exponemos el contenido general del libro. Explicamos brevemente el análisis coste-beneficio, reflexionamos sobre las políticas que no han pasado el corte y describimos las dos soluciones más eficientes y efectivas que hay en el mundo, junto con las instrucciones para poder financiarlas.

En los doce capítulos que siguen a continuación explicamos en profundidad las investigaciones que respaldan nuestras doce soluciones. En cada capítulo ofrecemos una visión general del problema, después describimos la medida que podría resolverlo y, por último, analizamos por qué los beneficios son muy superiores a los costes. Las argumentaciones políticas y económicas están basadas en exhaustivos artículos académicos revisados por pares, pero con un lenguaje mucho más accesible.

Si te quedas con ganas de más, o si eres un lector académico o especializado, también puedes revisar gratuitamente todos los artículos completos en la edición especial del *Journal of Benefit Cost-Analysis*, vol. 13, S1, 2023, de Cambridge University Press. Al final de cada capítulo encontrarás un enlace al artículo académico en cuestión, junto con los nombres y títulos de sus autores, revisores y asesores.

Para que la lectura del libro sea clara y libre de interrupciones, las fuentes de los datos que aparecen en el libro se encuentran tanto en los artículos académicos como en los capítulos completos publicados en <www.copenhagenconsensus.com/bestthingsfirst>.

Por último, como el proyecto recurre constantemente al análisis coste-beneficio, en el apéndice analizaremos un poco más a fondo los conceptos generales de crecimiento, inflación, salarios y descuentos, así como el valor de una vida estadística.

Promesas y más promesas

Desde hace siglos, los líderes políticos nos prometen un mundo mejor, aunque con demasiada frecuencia han sido incapaces de cumplir con las expectativas. Sin embargo, en ocasiones la cooperación internacional ha mejorado la calidad de vida de un modo muy significativo. Es importante aprender de estos fracasos y éxitos.

Muchas de esas promesas de paz y prosperidad van y vienen. La Sociedad de Naciones, creada en 1920, nació con la promesa de «promover la cooperación internacional y alcanzar la paz y la seguridad entre naciones». Fracásó, y el resultado fue la Segunda Guerra Mundial.

En 1945, las Naciones Unidas surgieron de las cenizas del desastre. Sus fundadores trataron de aprender de los errores de la Sociedad, de modo que limitaron la capacidad de veto del organismo y —en lo que es el factor más importante para nuestra exposición— pusieron un énfasis adicional en los problemas sociales y económicos. En el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, justo después de la declaración sobre la paz, el texto promete «promover el progreso social y mejorar el estándar de vida en mayor libertad». Sí, la paz mundial es importante, pero también que la gente no pase hambre, no viva en la pobreza y tenga acceso a la educación.

Por desgracia, a pesar de las buenas intenciones, las décadas siguientes presenciaron el incumplimiento de muchas de las promesas de la ONU. Por ejemplo, veamos la cuestión de la educación: desde el año 1950 hasta el 2000, la ONU aprobó un mínimo de doce declaraciones diferentes en las que prometía la escolarización para todo el mundo. Todas fracasaron. En 1961, el Plan de Adís Abeba prometía educación gratuita para todos los habitantes de África en 1980. Llegó el año 1980, y cerca de la mitad de los niños africanos en edad de escolarización seguían sin tener acceso a la educación.

La triste realidad es que a los políticos les encanta mercadear con declaraciones cargadas de supuestas nobles intenciones que incluyen unas fechas de cumplimiento demasiado lejanas en el tiempo. Obtienen la gloria en el presente, y los obstáculos que impiden hacer realidad sus promesas, a menudo vagas o ambiciosas hasta lo indecible, se convierten en el problema de algún político incauto en el futuro. No debería sorprendernos que las declaraciones grandilocuentes que no tienen en cuenta los recursos limitados de nuestro planeta casi nunca sean la mejor solución para hacer algo bueno de verdad.

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio sí cambiaron el mundo

En septiembre de 2000 ocurrió algo bastante excepcional. El noble deseo de cambiar el mundo para bien se canalizó hacia unos objetivos concretos y con unos plazos fijos; y, además, a la hora de la verdad consiguieron hacer del mundo un lugar mejor.

Los denominados Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) fueron una iniciativa del entonces secretario general de la ONU, Kofi Annan, y de un estrecho círculo de colaboradores, con escasa deliberación pública o participación de los gobiernos. Annan y su equipo trabajaron a puerta cerrada con los tecnócratas del Fondo Monetario Internacional, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y el Banco Mundial. El

plan resultante era breve y muy potente: ocho aspiraciones y dieciocho objetivos concretos.

Marcaron unos objetivos que la mayor parte de la humanidad hubiera considerado como claras prioridades: reducir la pobreza y el hambre, combatir las enfermedades, proporcionar acceso al agua potable y escolarizar a todos los niños y niñas. Estos objetivos estaban sujetos a una fecha inamovible: 31 de diciembre de 2015. Cuando cien jefes de Estado y cuarenta y siete primeros ministros —la mayor reunión de líderes mundiales hasta la fecha— se encontraron en Nueva York para la Cumbre del Milenio de Naciones Unidas, se pusieron de acuerdo y aprobaron una lista sencilla de ambiciosas promesas.

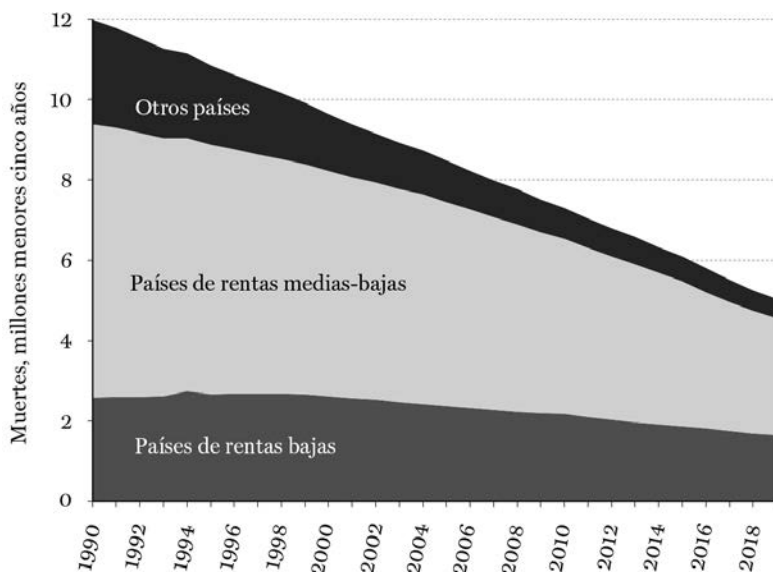
Durante los quince años siguientes, con el propósito de hacer realidad los ODM, los gobiernos de los países ricos y pobres, las instituciones internacionales y las fundaciones privadas destinaron a la cooperación y el desarrollo una cantidad de dinero muy superior a la invertida en el pasado. La ayuda global al desarrollo se duplicó en términos reales. La financiación internacional de la atención sanitaria a la infancia se multiplicó por ocho: de menos de 1.000 millones de dólares anuales en los años noventa a 8.000 millones de dólares en 2015. Aunque el mundo no cumplió todas las promesas de los ODM, aquella inversión tan enorme aceleró mucho el progreso.

En otras palabras, esa breve lista de prioridades permitió que muchas personas de carne y hueso tuvieran una vida mejor: sobrevivían más madres y más recién nacidos, menos personas pasaban hambre y casi todos los niños y, sobre todo, casi todas las niñas empezaron a ir a la escuela.

Un buen ejemplo de esta mejora de la calidad de vida es el descenso significativo de la mortalidad infantil. En 1990, anualmente morían casi doce millones de niños menores de cinco años (véase gráfico 2.1). En 2015, esa cifra se había reducido a la mitad, a seis millones al año. Si analizamos la imagen, es fácil caer en un razonamiento analítico y perder la noción de la magnitud de estas cifras. En 2015 se evitó la muerte de seis millones de niños al año; toda la población del estado de Maryland. En otras palabras, casi doce millones de padres y madres, más o menos

toda la población de Bélgica, se ahorraron el dolor que implica sufrir la pérdida de un hijo. Un año tras otro.

Gráfico 2.1. Muertes de niños menores de cinco años en países de rentas bajas, medias-bajas y el resto del mundo, en millones, 1990-2019



Por sí solo, este logro extraordinario eliminó una décima parte de todas las muertes en el mundo. Este tipo de historias no se escuchan a menudo —en las noticias, las muertes tienen más audiencia que las personas que viven felices—, pero no por eso deja de ser un logro increíblemente importante.

Si volvemos a ponernos las gafas analíticas, está claro que no todos los avances se debieron a los Objetivos de Desarrollo del Milenio. La mortalidad infantil ya iba a la baja mucho antes de que se adoptaran los ODM, sobre todo en los países más desarrollados del mundo. Una parte de estos avances también se hubieran materializado a medida que el mundo se iba enriqueciendo, lo cual facilita que los países y las familias puedan permitirse una buena atención sanitaria, mejor alimentación y más seguridad y protección.

Pero si sólo nos fijamos en la mitad más pobre del mundo, los ODM aceleraron la reducción de la mortalidad de una forma muy significativa.

Cuando hablo de «la mitad más pobre del mundo», me refiero a los dos segmentos inferiores del gráfico 2.1; es decir, a los países de rentas bajas o medias-bajas, una clasificación diseñada por el Banco Mundial que refleja el nivel de ingresos per cápita, y que utilizaremos con frecuencia en este libro.² Los países de rentas bajas son los más pobres del mundo, en los que, de media, cada persona gana menos de 1.085 dólares anuales, o menos de 3 dólares al día. En los países de rentas medias-bajas, la población casi llega a los 12 dólares al día. Para poner estas cifras en contexto, la renta media diaria en China es de 33 dólares, y en los países de rentas altas (o el mundo rico) es de 132 dólares.

La mayoría de los veintiocho países más pobres del mundo están en África, junto con dos naciones destruidas por la guerra, Siria y el Yemen, y un Estado en quiebra, Corea del Norte. En total, estos países son el hogar de unos setecientos millones de personas. Los cincuenta y cuatro países que entran en la categoría de las rentas medias-bajas tienen una población total de 3.400 millones de personas, de las que más de una tercera parte viven en la India. Juntos, estos dos grandes grupos de países acogen a 4.100 millones de personas, un poco más de la mitad de la población total del planeta.

Como muestra el gráfico 2.1, en los años noventa la mortalidad infantil anual en los países de rentas bajas estaba estancada en los 2,5 millones de niños. Sólo después de la adopción de los ODM en el año 2000, y de que el dinero destinado a la atención sanitaria en la infancia aumentara de manera espectacular, el número de muertes empezó a bajar. Un estudio de 2018 en *World Development* confirmó que después del año 2000, la reducción de la mortalidad infantil se aceleró, es probable que por los ODM. A lo largo de ese período, esa aceleración, tanto en los países de rentas bajas como en los de rentas medias-bajas, salvó las vidas de entre diez y diecinueve millones de niños.

2. En realidad, se basa en la renta nacional bruta por persona, un pariente cercano del PIB per cápita que se aproxima a los ingresos por individuo.

El estudio también reveló que muchos de los avances asociados a los ODM se habían acelerado de forma parecida. Antes de la fecha límite de 2015, la mayoría de los niños iban al colegio; un logro muy destacable sobre todo en el caso de las niñas, ya que en muchos de los países más pobres éstas encuentran numerosos obstáculos para acceder a la educación. El mundo también encontró la manera de reducir el número de muertes asociadas a tres de las principales enfermedades infecciosas: la tuberculosis, la malaria y la infección por VIH. En los países en vías de desarrollo, el porcentaje de personas con desnutrición se redujo casi a la mitad, del 23 al 13 por ciento.

El mundo también fue testigo de avances en otros objetivos, pero sin una clara aceleración debido a la acción de los ODM. La humanidad proporcionó acceso al agua potable a 1.900 millones de personas, si bien es probable que se debiera al efecto de las tendencias anteriores.

De modo similar, el mundo fue testigo de una increíble reducción de la pobreza extrema, pese a que en gran medida no estuvo asociada a los efectos de los ODM, sino al espectacular crecimiento de los países de rentas medias, con China en lugar destacado. La pobreza extrema significa vivir al borde de la supervivencia. Quizá hayas oído que se define como vivir con menos de 1 dólar al día, aunque desde hace ya mucho tiempo no es así. En la actualidad, con la inflación, el umbral está en 2,15 dólares.

En 1990, 1.900 millones de personas —una tercera parte de la humanidad— vivían en una situación de pobreza extrema. En 2015, esa cifra se había reducido más de la mitad, hasta los 836 millones. En el presente, se ha reducido aún más, hasta los 674 millones. Durante los últimos treinta y dos años, cada día 113.000 personas salieron de la pobreza extrema.

Los ODM no fueron la causa de todos estos éxitos globales y, de hecho, no se alcanzaron todos los objetivos. Por ejemplo, la promesa de los ODM sobre mortalidad infantil era reducirla de doce a cuatro millones, y «sólo» ha descendido a seis millones.

No obstante, en conjunto, los ODM tuvieron un éxito increíble. Salvaron millones de vidas, escolarizaron a casi todos los niños del mundo y evitaron que cientos de millones de personas

pasaran hambre. En esencia, el mundo era un lugar mucho mejor en 2015 que en décadas anteriores, y en parte fue posible gracias a los ODM.

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible: Demasiadas promesas

No debería extrañarnos que las Naciones Unidas quisieran replicar el éxito de los ODM. Cuando la fecha límite de los ODM se acercaba, la ONU puso en marcha un proceso para encontrar a su sustituto. Algunas voces influyentes dijeron que el mundo debía seguir con los ODM: eran unos objetivos simples y efectivos, y todavía había mucho margen de mejora. Yo estaba entre quienes defendían que debíamos adoptar una mirada más exigente para definir las posibles promesas, identificar las medidas más eficientes y ponernos a trabajar primero con estas últimas.

Pero hubo muchas más voces, y bastante más ruidosas, que pedían a la ONU que antes de dar forma a su nueva lista de promesas abordara un mayor número de problemas y que escuchara a un abanico más amplio de personas. De repente, surgió toda una industria de grupos de trabajo e investigación que lanzaban montones de recomendaciones bienintencionadas. Los líderes mundiales tuvieron que considerar en total más de 1.400 medidas.

Al final, la ONU y todos los países adoptaron un conjunto de promesas globales denominadas Objetivos de Desarrollo Sostenible o, por sus siglas, los ODS. Para el período comprendido entre 2016 y 2030, los ODS incluían 169 metas concretas, repartidas en diecisiete grandes objetivos o temas, una cifra muy superior a las dieciocho metas y los ocho objetivos de los ODM. De hecho, la nueva lista es tan larga y ambiciosa que nadie debería sorprenderse de que haya producido tan pocos avances.

La mayoría de nosotros creemos que entre las muchas promesas de los ODS hay algunas prioridades que merecen estar en las primeras posiciones de la agenda de los líderes mundiales y las organizaciones dedicadas a la cooperación y el desarrollo. Sin duda, esas metas concretas podrían salvar millones de vidas, ayu-

dar a miles de millones de seres humanos y transformar las sociedades; lo que incluye acabar con la pobreza extrema y el hambre, mejorar la educación, controlar las enfermedades infecciosas y garantizar el acceso a una energía asequible y a los servicios bancarios.

Pero junto a esas metas tan trascendentales hay muchas otras que son menos urgentes, como fomentar el turismo sostenible, potenciar la alimentación ecológica o insistir en la creación de espacios verdes para las personas discapacitadas. Que nadie me malinterprete: conseguir que las personas discapacitadas puedan acceder a los parques públicos es una propuesta que alberga las mejores intenciones, y es correcto que las ciudades contemplen esta clase de prioridades. Pero poner promesas como ésta —o la promoción de las manzanas orgánicas— al mismo nivel que los trascendentales objetivos anteriores no parece encajar en un mundo en el que cientos de millones de personas aún mueren de hambre.

Otras propuestas contienen promesas maravillosas, pero sin apenas detalles sobre cómo conseguirlas. Una promete «lograr el empleo pleno y productivo y el trabajo digno para todas las mujeres y los hombres, incluidos los jóvenes y las personas con discapacidad». Sin embargo, la mayoría de los líderes políticos ya son conscientes de la importancia de crear empleo. Si hubiera una forma simple y eficaz de lograr ese objetivo, ya se habría aplicado. De modo similar, los ODS insisten en que debemos promover «sociedades pacíficas». Desde luego, la paz es siempre deseable, pero sin ciertas reformas políticas para que pueda convertirse en un objetivo más realista, esta admonición sólo reincide en siglos y siglos de piadosos deseos.

Además, hay otros objetivos que sí podrían hacerse realidad, pero a un coste desorbitado. Por ejemplo, los ODS prometen «sistemas y medidas de protección social para todos», lo que en esencia significa construir un estado de bienestar básico en todos los países, con ayudas a las personas mayores y discapacitadas. No obstante, en ninguna parte se menciona que incluso si excluimos a los países ricos, hacer algo así costaría más de un billón de dólares anuales hasta 2030.

Por último, algunas metas de los ODS son difíciles de comprender. Una de las diez promesas sobre educación se lee como una parodia abstracta llena de buenas intenciones, ya que promete «asegurar que todos los alumnos adquieran los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para promover el desarrollo sostenible, mediante, entre otras cosas, la educación para el desarrollo sostenible y los estilos de vida sostenibles, los derechos humanos, la igualdad de género, la promoción de una cultura de paz y no violencia, la ciudadanía mundial y la valoración de la diversidad cultural y la contribución de la cultura al desarrollo sostenible». Incluso la ONU parece tener dificultades para definir de forma concreta qué significa este enunciado.

Muchos de estos objetivos adicionales giran en torno a unos problemas que sólo son importantes para las personas ricas y bienintencionadas que tienen unas vidas relativamente cómodas en las zonas más desarrolladas del mundo, muy lejos de una hambruna inminente o de la muerte por una enfermedad infecciosa. Por supuesto, sus defensores alegarán que, a diferencia de los ODM, los ODS fueron creados para todos los países, también para los más ricos. Pero estos objetivos no sólo brillan por su ausencia en las agendas de las naciones más adineradas —los ODS no se han convertido en el marco de referencia de la política interna de Estados Unidos, el Reino Unido o Alemania—. También revelan un defecto esencial de planificación, porque el mundo ha querido usar un conjunto unificado de medidas políticas para abordar los problemas que afectan a todos los seres humanos, desde los más ricos hasta los más pobres.

Los ODM se centraban en problemas evidentes, como las hambrunas y las enfermedades, que pueden solucionarse con ciertas medidas. Ofrecían unas metas concretas que podían ayudar a la mitad más pobre del mundo de un modo relativamente eficiente. Por el contrario, los ODS prometen de todo a todo el mundo; a ricos y a pobres.

Los ODS no han marcado la diferencia

Alguien podría argumentar que deberíamos ser capaces de resolver muchos problemas al mismo tiempo. Claro, podemos acabar con el hambre y fomentar a la vez un turismo sostenible; arreglar los sistemas educativos y crear más espacios verdes. De hecho, cuando se lanzaron los ODS, muchas personas insinuaban que la gran ambición de sus promesas generaría una oleada de entusiasmo que permitiría recaudar muchos más recursos con los que se podría trabajar simultáneamente en ámbitos muy diferentes.

Por desgracia, hoy las pruebas nos demuestran lo contrario. Los ODM despertaron un gran entusiasmo: la ayuda al desarrollo llegó a duplicarse en todo el mundo. Pero después de 2015 no se ha producido ningún incremento similar; la ayuda al desarrollo ha aumentado muy poco, y sólo lo ha hecho en la misma proporción que el crecimiento del PIB de los países ricos. Además, los datos disponibles demuestran que no se han acelerado los procesos que permitirían hacer realidad las metas de los ODS.

Por supuesto, es casi imposible obtener datos exactos en conjunto o por separado sobre la evolución de los ODS. Pensemos un momento en cómo podría concretarse con indicadores objetivos el progreso alcanzado en el disperso propósito educativo anterior; por no hablar de recopilar datos de largas series históricas en cientos de países diferentes, entre los que se incluyen los más pobres y menos estudiados.

No obstante, un equipo de académicos, entre los que se encuentra Jeffrey Sachs, asesor del secretario general de la ONU sobre los ODS, ha examinado más de cien políticas para calcular el progreso realizado en cada uno de los diecisiete objetivos temáticos, y después ha expresado con un porcentaje los avances en cada uno de ellos. El índice está diseñado para que pueda entenderse con facilidad: por ejemplo, cuando Suecia alcanza una puntuación del 85 por ciento, significa que Suecia está a un 15 por ciento de cumplir todos los ODS.

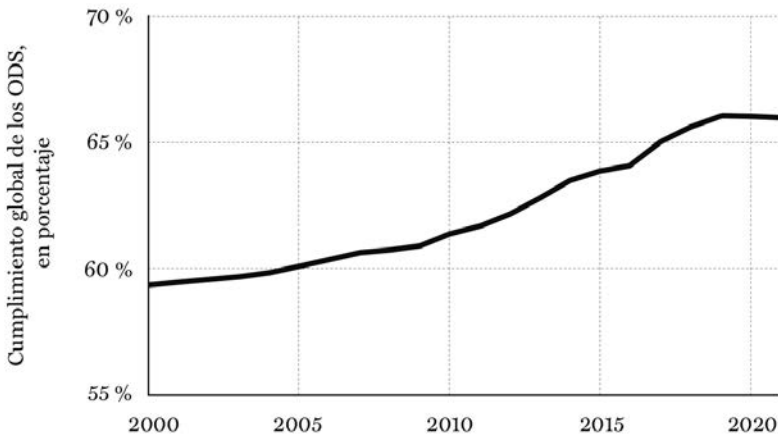
En el gráfico 2.2 podemos ver qué tal lo está haciendo el mundo en su intento de cumplir las promesas de los ODS. En

conjunto, estamos haciendo avances. No sorprende demasiado, sobre todo si tenemos en cuenta que, en general, los ODS se centran en buenos propósitos, y que a medida que el mundo ha generado más riqueza, hemos podido permitirnos más objetivos de ese estilo.

Sin embargo, sin duda por la pandemia de la COVID-19, que precipitó muchos cierres y multiplicó las dificultades económicas, en los años 2020 y 2021, vemos un estancamiento absoluto del progreso realizado.

Pero lo más importante es que desde 2015 no registramos ninguna aceleración. De 2010 a 2019, año tras año los avances en las áreas que los ODS debían abordar progresaban a un ritmo muy parecido. En otras palabras, en cuanto a los ODS, el mundo lo estaba haciendo igual de bien antes de ponerlos sobre el papel que después de haberlos establecido.

Gráfico 2.2. Índice global de los ODS, cumplimiento de los ODS, 2000-2021



Lo anterior nos ofrece pruebas irrefutables de que prometerlo todo no contribuye a acelerar el progreso. Hasta ahora, los ODS no han tenido ningún efecto observable en el desarrollo.

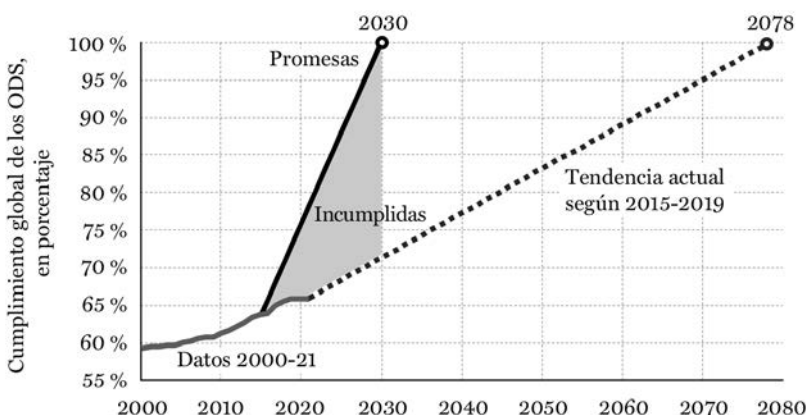
Llegaremos medio siglo tarde

Las promesas globales de los ODS abarcan desde el año 2016 hasta el 2030. Esto significa que a mediados de 2023 ya habrá transcurrido la mitad del tiempo para cumplir los ODS. No obstante, aún estamos muy lejos de la mitad del camino.

El gráfico 2.3 trata de reflejar el enorme retraso que acumulamos: si el mundo continúa con la tendencia actual —dejando al margen el anómalo estancamiento en 2020-2021 por la COVID-19— cumpliremos el cien por cien de los ODS después de 2078, casi medio siglo más tarde de lo previsto.

No es una predicción exacta. Resulta muy factible que cuando los países se acerquen al cien por cien desvíen su atención y sus inversiones hacia otro lado. Pero el modelo es un método muy simple y eficaz para describir la diferencia entre lo que el mundo prometió para 2030 y lo que conseguiremos en realidad, incluso desde una visión muy optimista.

Gráfico 2.3. Cumplimiento en el mundo de los ODS a partir de los datos de 2000 a 2021, tendencia posterior a 2021 y trayectoria para el objetivo de 2030. El área sombreada muestra las promesas incumplidas de los ODS

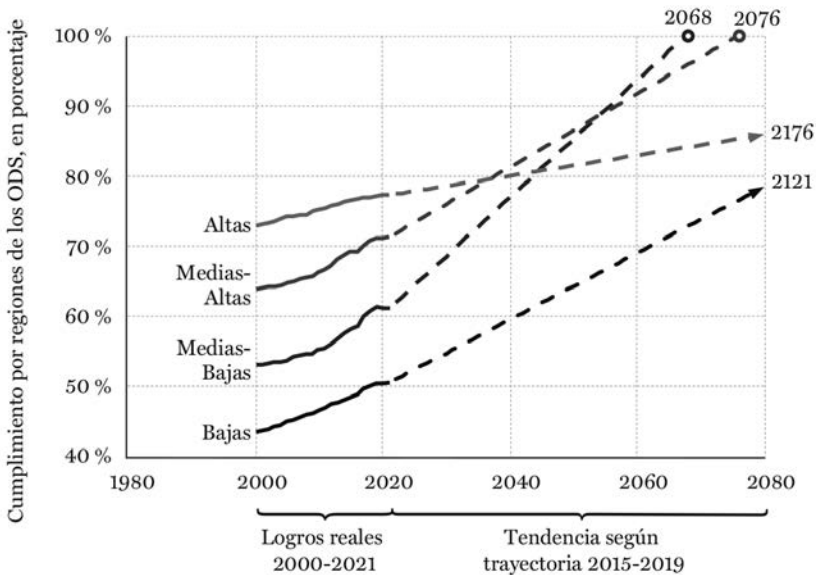


Como revela el gráfico 2.4, todas las regiones del mundo llegarán tarde, pero no al mismo ritmo. Los países de rentas medias-ba-

jas «sólo» llegarán treinta y ocho años tarde, mientras que los de rentas bajas sufrirán un retraso de casi un siglo. Los países de rentas más altas tendrán un retraso aún más espectacular, de ciento cincuenta años. Este progreso tan ralentizado de los países de rentas más altas refuerza la idea de que cuando se acercan a la consecución total de los ODS, las naciones acaban priorizando otras cuestiones.

El retraso en la finalización de los diecisiete objetivos temáticos también revela enormes diferencias temporales, aunque todos acaben llegando tarde. La tabla 2.1 muestra el momento en que si hacemos caso a la tendencia actual los países de rentas medias-bajas en conjunto alcanzarán esos diecisiete objetivos individuales. Ninguno se hará realidad antes de 2030.

Gráfico 2.4. Cumplimiento de los ODS según grupos de países por nivel de rentas, de bajas a altas, a partir de los datos del período 2000-2021 y de las tendencias posteriores a 2021



No debería sorprender a nadie que el objetivo vinculado a las infraestructuras, que se calcula en función del acceso a internet y

la cobertura de la telefonía móvil, se alcance en muy poco tiempo, así como el de la pobreza, seguido de aquellos dedicados al crecimiento económico, la educación, la energía y el hambre. Los objetivos relacionados con la salud necesitan más tiempo, y el acceso al agua potable y las redes de saneamiento todavía más, aproximadamente al mismo nivel que el de la igualdad de género. Los objetivos restantes sufrirán incluso un retraso de más de un siglo. Y si hacemos caso a las tendencias actuales, los últimos tres objetivos no se cumplirán nunca, porque su trayectoria apunta en dirección opuesta.

Tabla 2.1. Los diecisiete objetivos y año de cumplimiento a partir de las tendencias 2015-2019 en los países de rentas medias-bajas. «Nunca» significa que los indicadores revelan una tendencia que se aleja del objetivo

OBJETIVO	AÑO DE CUMPLIMIENTO
Industria, innovación e infraestructura	2034
Fin de la pobreza	2037
Trabajo digno y crecimiento económico	2046
Educación de calidad	2052
Energía limpia y asequible	2061
Fin del hambre	2071
Buena salud y bienestar general	2080
Agua potable y saneamiento	2089
Igualdad de género	2101
Instituciones fuertes por la paz y la justicia	2127
Alianzas para alcanzar los objetivos	2147
Vida subacuática	2220
Ciudades y municipios sostenibles	2226
Reducción de la desigualdad	2235
Vida en la Tierra	Nunca
Producción y consumo responsables	Nunca
Acción climática	Nunca

Casi todos los ODS miden un factor subyacente de una sociedad en proceso de mejora (la gente tiene más dinero, recibe una buena educación, pasa menos hambre, está más sana, etcétera). Todos estos factores están interrelacionados: cuando la salud mejora, la educación también suele progresar, como ocurre con la mayoría de los objetivos. Pero esta regla no se aplica en dos objetivos en particular: consumo responsable y acción climática. Los datos revelan que los avances en estos dos objetivos suelen estar vinculados a un retroceso en todos los demás. Quizá ésta sea la razón por la que todos los grupos de renta se están alejando del objetivo vinculado a la producción y el consumo responsables; porque muy pocos políticos quieren apostar por hacer avances en un campo que comporta un retroceso en todos los demás.

Pero incluso en los ODS «alcanzables», el mundo está fracasando. No estamos consiguiendo avanzar suficientemente rápido, y no estamos centrando la atención allí donde podríamos obtener un máximo beneficio para la población. Podemos hacerlo mucho mejor.